

CONCLUSIONES

*José Luis Valdés-Ugalde**

En este libro, un común denominador se analiza *vis à vis* diversos temas: la presencia e influencia de Estados Unidos en el sistema internacional. Desde una perspectiva teórica y empírica transversal, se estudian los problemas más relevantes del momento, al tiempo en que se desarrollan propuestas sobre la complejidad del terreno que pisan y recorren los grandes y algunos de los medianos actores globales (China, Estados Unidos, Rusia, la Unión Europea, India, Corea, Irán).

Desde el punto de vista de la génesis del sistema global, la rivalidad Este-Oeste ha renacido en la forma de disputas entre Estados Unidos y China. Rusia, Japón y la Unión Europea, aunque se han mantenido como agudos observadores, vigilan la disputa que se ha desatado con la República Popular China por buenas y malas razones. Por su parte, Vladimir Putin se ha encargado, desde los tiempos de la toma de Crimea y el acoso a Ucrania, de mandar señales disruptivas a todo el mundo.

Lo que resulta un hecho incontrovertible es que el “trumpismo” ha buscado confrontarse con cualquier actor que lo cuestione o que considere que puede convertirse en una amenaza para el interés nacional de Estados Unidos. Paradójicamente, salvo por Rusia, Israel, Corea del Norte, el Brasil de Jair Bolsonaro, la Gran Bretaña de Boris Johnson y las demás autocracias del sistema internacional, como las de Viktor Orbán en Hungría, Recep Tayyip Erdogan en Turquía, Miloš Zeman en República Checa, así como por los partidos nacionalistas y xenófobos, Trump no se lleva bien con las democracias constituidas. Por ejemplo, en Hungría (con la agrupación Fidesz) y en Polonia (con el Partido Ley y Justicia) se han afianzado en el poder

* Investigador y exdirector del Centro de Investigaciones sobre América del Norte, Universidad Nacional Autónoma de México; editor en jefe de la revista académica *Norteamérica*; <jlvaldes@unam.mx>.

gobiernos con la misma plataforma extremista, xenófoba y antieuropea del trumpismo; también han adquirido gran fuerza los respectivos Partidos de la Libertad, en Austria y en Holanda, y el Frente Nacional (FN), de Marine Le Pen, en Francia, así como Alternativa para Alemania (AfD), de corte neofascista, convirtiéndose ya en aliados o simpatizantes del gobierno de Donald Trump. Las alianzas estratégicas del mandatario estadounidense, aparte de las que tiene con Rusia y Corea del Norte, las ha establecido con las fuerzas regresivas de democracias previamente constituidas, como en Brasil, República Checa, Dinamarca, Holanda, Francia, Hungría, Polonia, Serbia, Sudáfrica, España, Turquía y Túnez.

Democracia en crisis

¿Qué ocurrió? Que Estados Unidos se adentró aún más en una profunda crisis democrática, e incluso de corte constitucional. Una que muy pronto podría llegar a ser incluso de carácter electoral. No era esperable que la crisis de la democracia liberal no arribara también a Estados Unidos, nación pionera en el desarrollo democrático del mundo, en un momento sumamente delicado para el futuro de la democracia. El credo democrático estadounidense se desgastó y muy pocos siguen creyendo en él tal y como lo atestiguamos ahora. Las vulnerabilidades de sus sistemas político y electoral se dejaron sentir con gran fuerza en los últimos tiempos, los que coinciden (en forma por demás concentrada) con los años nefandos del trumpismo, que ciertamente han precipitado velozmente el advenimiento de esta crisis.

El trumpismo ha sido el virus que ha puesto en la superficie, a la vista de todos, la crisis del conjunto del sistema de poderes estadounidense. Aun cuando la madurez democrática e institucional de los contrapesos del sistema ha podido generar un muro de contención contra los embates de un Ejecutivo insolente, también aquéllos han sido relativamente desajustados en forma y fondo por la narrativa autoritaria y violenta de Donald Trump, así como por sus aliados en el Congreso y por algunos medios. No se cuestiona la vigencia de la fortaleza de la separación de poderes en Estados Unidos, más bien lo que se resalta es la exposición y las presiones que los mismos han sufrido en esta coyuntura. Hay que decir que este debilitamiento se ha presentado desde hace varias décadas en Estados Unidos y que quizás hoy, dada la

crisis de legitimidad de Trump, podría representar una oportunidad para realizar muchas reformas pendientes: desde una a las leyes que atribuyen deberes y derechos a las fuerzas del orden, hasta otra que ya requiere el sistema electoral, que tiene en el Colegio Electoral un dique democrático de estructural importancia: con el paso del tiempo, Estados Unidos se ha convertido más en una monarquía republicana que en una república democrática. En concreto, uno de los espacios prácticos de la crisis democrática estadounidense es su sistema electoral. De hecho, pronto volveremos a ser testigos de las inconsistencias de un sistema electoral que fue originalmente diseñado por los padres fundadores para evitar el ascenso de tiranos y líderes autoritarios, pero que evidentemente ya no funciona, al menos para ese propósito.

No obstante, el Colegio Electoral, a pesar de que sus quinientos treinta y ocho miembros podrían haber recurrido constitucionalmente al recurso de permuta de voto, dejó pasar a un candidato (Trump), quien además de estar trastornado (veintisiete psiquiatras estadounidenses alertaron en 2016 sobre la inestabilidad mental y la potencial anormalidad maligna de Trump, la misma que padeció Hitler) (Lee, 2017), y de representar una regresiva anomalía democrática, perdió por casi tres millones de votos la elección popular contra la demócrata Hillary Clinton. Dada la actual polarización política, este escenario podría repetirse.

Con Trump, una nueva forma de populismo se apoderó del Poder Ejecutivo y descompuso los arreglos democráticos que mal que bien mantenían un balance racional del juego político estadounidense y representaban para muchos en Occidente un modelo a seguir. El liderazgo de Trump se ha caracterizado por una soez narrativa con fuertes dosis de misoginia y racismo que lo han llevado a excesos retóricos y políticos. También ha ejercido acometidas autoritarias en contra del sólido Poder Judicial federal de Estados Unidos y ha sido acusado de medidas obstruccionistas contra el Congreso, lo cual lo llevó a enfrentar un juicio político del cual salió airoso gracias al apoyo inmoral que los patriotas en silla de ruedas del Partido Republicano le ofrecieron. Todo en aras de conservar la mayor cantidad posible de poder político bajo su control, sin importar las graves violaciones constitucionales cometidas en el curso de los últimos tres años de su mandato. Este giro antidemocrático que representa el trumpismo ha permeado en todo el tejido sociopolítico de Estados Unidos, al tiempo que se han intentado tomar por asalto infructuosamente los medios de comunicación escritos y electrónicos,

además de que ha dividido a la sociedad estadounidense como no se había visto desde los tiempos de la presidencia de Richard Nixon. Con sus peleas de lodo, Trump ha logrado degradar la política en la Unión Americana en una forma inédita.

Lo anterior impactó, y seguirá haciéndolo, la política en Estados Unidos. La izquierda del Partido Demócrata (PD), encabezada por el precandidato socialista Bernie Sanders, fue contenida por el centro progresista, liderado por el exvicepresidente Joe Biden. Después del súper martes del 3 de marzo de 2020, en que Biden arrolló a un pujante Sanders, atestiguamos las retiradas de Peter Buttigieg, exalcalde de South Bend, Indiana; Amy Klobuchar, senadora de Minesota, y después de Elizabeth Warren, senadora por Massachusetts, de la carrera por la nominación demócrata, lo cual puso a la transición democrático-electoral estadounidense en un momento álgido.

Los primeros dos precandidatos se pronunciaron en favor de Biden, quien al ganar las Carolinas del Sur y del Norte, así como Michigan, Misisipi, Misuri y la mayoría de los estados en la elección del segundo súper martes, el 10 de marzo se posicionó como el claro favorito: ochocientos ochenta y cinco delegados contra setecientos treinta y dos de Sanders (ciento cincuenta y tres de diferencia); una realidad matemática que impuso a Sanders un cambio de estrategia y, eventualmente, su salida de la contienda. Esto mismo tuvo que decidirlo también Warren, la precandidata perdedora del ala izquierda demócrata, compartida con el propio Bernie Sanders. Sobre todo porque (como ya indicaban las encuestas) la posición de Biden venía ya muy fuerte desde las primarias de Florida (el 65 por ciento), Pensilvania (el 39 por ciento), Illinois (el 57 por ciento), Ohio (el 57 por ciento), Arizona (el 51 por ciento). A la luz de esta realidad, estaba muy claro que Sanders se encontraba muy lejos de obtener la cantidad mágica de los 1991 delegados.

Lo anterior indica que la alternativa de la izquierda radical se derrumbaba como opción dominante dentro del espectro político de los demócratas, pero no necesariamente se eliminaba como opción activa, viva, de presión, para que, en el marco de lo que tendrá que erigirse como una amplia alianza con una estrategia agresiva contra Trump, Biden incorpore algunas de sus principales banderas. Algunos ejemplos son la reforma al sistema de salud, el apoyo a los estudiantes universitarios para que tengan acceso gratuito a la educación superior, la reforma migratoria y las políticas en contra del calentamiento global. Medidas que tanto Sanders como Warren enarbolaron en

forma sistemática durante sus largos meses de precampaña. Así, la correlación de fuerzas se encamina desde ahora a construir un frente amplio y consolidado antiTrump.

Si este impulso se mantiene, más aún ahora que Biden obtuvo los 1991 delegados (la cifra necesaria para ser proclamado como el candidato presidencial), su tendencia ganadora podría dar pie para que el Partido Demócrata se convierta en una opción conciliadora, en momentos en que la alta tensión provocada por el discurso disruptivo de Trump —además de sus desaciertos declarativos en tiempos de Covid-19 y del asesinato de George Floyd el 25 de mayo a manos de un policía racista blanco de Mineápolis— exige que las fuerzas políticas regresen a la moderación. Si como el termómetro demócrata parece indicar, la gente está pidiendo abandonar el extremismo (situación que ya puso a Sanders, y seguramente lo hará con Trump, contra las cuerdas), será muy probable que surja entre las filas de los votantes un amplio espectro de indecisos que estarían esperando que por fin se les envíen señales conciliatorias para recuperarse del desgaste al que Estados Unidos ha sido sometido social, política y culturalmente por el trumpismo.

Esta mayoría (de indecisos), por lo pronto silenciosa, podría definir el futuro rumbo de la política estadounidense. Así lo han entendido Biden y los sectores muy cercanos al *establishment* demócrata. Consideran, con razón, que el discurso alarmista del soberanismo nacionalista, de derecha o izquierda, puede romper los precarios consensos, aislar aún más a Estados Unidos y dejarlo fuera de las jugadas que este país solía emprender en tiempos no tan remotos.

Por lo demás, como ocurre con todos los ciclos históricos, estos catorce años de declive democrático global en que el pluralismo y la inclusión sociopolítica han enfrentado el asalto de fuerzas políticas extremistas emergentes en todo el mundo podría estar llegando a un momento de desgaste terminal (al menos en Estados Unidos). Las elecciones que vienen podrían dar pauta para que este ciclo se invierta (con la derrota de Trump incluida) y los sistemas políticos puedan recuperar el ímpetu democrático para salvarse a sí mismos de la espiral suicida a la que los han sometido los impulsos autócratas.¹ Es muy previsible que las elecciones sean el indicador de

¹ Francis Fukuyama (2019) ha dedicado una parte importante de su nuevo libro a este problema. El 12 de julio pasado, las elecciones en Polonia, uno de los bastiones del soberanismo europeo,

esta potencial tendencia. Dentro de tantas malas noticias que nos rodean, este prospecto anima el optimismo de la ciudadanía universal.

El proceso político actual en la Unión Americana tiene matices de enorme trascendencia que permiten presagiar una elección agitada y de enorme importancia histórica. Como se ha dicho, todo empezó a moverse cuando Sanders se retiró de la contienda demócrata. El 8 de abril de 2020 el senador por Vermont lo anunció y dejó a Joe Biden el camino abierto para convertirse en el rival de Trump; si la suerte, el coronavirus y un eventual fraude fraguado con Vladimir Putin lo permiten, probablemente se convertirá en el nuevo presidente estadounidense. En este sentido, el amplio consenso obtenido por Biden en todos los frentes del Partido Demócrata tendrá como consecuencia que no se viva la misma historia de 2016.

Ese año Hillary Clinton ganó la nominación demócrata y, en un arranque de soberbia, ni Sanders ni Warren la apoyaron. Es muy probable que esa decisión haya influido en el último minuto en su estrecha derrota frente a Trump en los llamados *swing states* o estados columpio (Michigan, Ohio, Misuri, Pensilvania y Florida). No obstante, en esta ocasión el retiro temprano de Sanders (impensable en 2016) es un indicador del cambio de clima entre los demócratas y de la evolución en la visión estratégica del propio Sanders y de la izquierda dura frente a los objetivos que comparten todos los miembros del partido: sacar a Trump de la Casa Blanca, recuperar la mayoría en el Senado y conservarla en la Cámara de Representantes.

El ambiente político demócrata se ha descontaminado. En su anuncio de renuncia a la precandidatura, Sanders declaró: “No debo en buena conciencia continuar con una campaña que no puedo ganar y que interferiría con el importante trabajo de todos en esta hora importante”. En efecto, el exvicepresidente Biden llevaba hasta ese momento en su cuenta 1217 delegados frente a los 914 de Sanders. Una diferencia de 303. Dado que el total de delegados necesarios para ganar la candidatura es de 1991 (los cuales obtuvo Biden en la última semana de mayo), era matemáticamente imposible que Sanders lo pudiera alcanzar. De allí su declaración, más que realista y que muestra a un Sanders que asumía como propia una faceta política

las ganó Andrzej Duda, el líder ultraderechista del partido gubernamental Ley y Justicia (PIS). Aun así, su triunfo fue muy estrecho, tan sólo de dos puntos y medio delante del liberal y europeísta alcalde de Varsovia (con el 48.7 por ciento), todo lo cual indica que el nacionalismo a ultranza empieza a tocar fondo en algunos de los bastiones en que se ha empoderado (Infobae, 2020).

distinta, con el propósito de lograr introducir en la agenda del candidato Biden los temas que postuló durante su precampaña: gratuidad en el acceso a la educación para los estudiantes de licenciatura y un sistema de salud amplio e integral para la mayoría de los estadounidenses, los cuales ya eran sendos componentes de las políticas de Obama, mismas que Biden con toda seguridad suscribirá. En esto último, Trump se encuentra en total desventaja, sobre todo frente a los adultos mayores, que han resentido especialmente las reducciones al presupuesto de salud. Según una encuesta de CNN, Biden supera a Trump entre la población mayor de sesenta y cinco años por un 13 por ciento. Si esta tendencia continúa, Trump perderá la batalla en este importante segmento de electores estadounidenses.

En la realidad, Sanders perdió la batalla política frente a la Covid-19 y la ideológica ante el *establishment* demócrata, cada vez más inclinado hacia el centro progresista. A raíz de la renuncia a la contienda por parte de Buttigieg y Klobuchar, y en el preámbulo del súper martes de marzo, así como de las elecciones primarias en Carolina del Sur —contienda en las que Biden arrasó—, amplios sectores demócratas (incluidos los trabajadores blancos) veían en peligro sus posibilidades de derrotar a Trump si Sanders resultaba el candidato. Además, el veterano político socialista perdió votos entre los leales jóvenes y, sobre todo, sufrió en definitiva el alejamiento de los votantes afroamericanos en estados como Alabama, Misisipi, Virginia y las Carolinas. Demasiado para Sanders.

El error político de Sanders fue haberse concentrado sólo en un ala ideológico-política de los demócratas, lo que significa un traspie monumental en un sistema como el estadounidense, en el cual la población de los indecisos en las votaciones presidenciales es críticamente importante. Asimismo, omitió considerar un dato clave en política partidista: una mayoría decisiva —el 60 por ciento— del electorado demócrata está compuesta por hombres y mujeres leales al *establishment*, tradicionalmente de centro, así como por integrantes de sindicatos y miembros de diversos comités del partido alineados con este sector. Hay que agregar que el electorado representado por los demócratas como una muestra del indicador nacional no está interesado en una revolución política como la que planteaba Sanders. He aquí otro despiste de la izquierda demócrata.

Aunado a este 60 por ciento de militantes que representa al *establishment*, tenemos más datos sobre la correlación de fuerzas demócratas que ilustran

este análisis: la izquierda progresista, la organización negra “Black Lives Matter” y los socialistas democráticos de Estados Unidos representan tan sólo el 20 por ciento de la membresía partidista; por su parte, el grupo de los neoliberales demócratas, a quienes por supuesto no les gustan los anteriores, constituyen también alrededor de una quinta parte.

Lo anterior nos deja ante un panorama complejo, pero si los demócratas lo pueden resolver aumentarían sus posibilidades de conquistar la Casa Blanca y de obtener la mayoría de los escaños en las dos cámaras en un momento muy crítico para la política de Estados Unidos. Así como los republicanos no quisieron atajar al populismo trumpista en 2016, está claro que los demócratas sí se atrevieron a hacer lo propio con su populista en casa, lográndose una amplia coalición de centro progresista para intentar expulsar a Trump del poder, la cual, en el momento de escribir estas líneas, está demostrando su fuerza, como se expresa en la ventaja de 13 puntos porcentuales que Biden tiene sobre Trump a escala nacional, así como en la delantera que también lleva en algunos de los *swing states*, como Florida (6.4 puntos), Pensilvania (7.0), Wisconsin (6.0), Arizona (2.8) y Carolina del Norte (2.0) (RCP, 2020).

Normalidad maligna y recesión democrática²

Aunque la descomposición política en medio de la crisis sanitaria por la Covid-19 alcanza a varios confines del globo (incluido México), la manera en cómo ha afectado a Estados Unidos resulta alarmante. En cuestión de días, el panorama sociopolítico se transformó para mal en prácticamente todo el país. Además, desde el brutal asesinato del afroamericano George Floyd, el 25 de mayo de 2020, las protestas de ciudadanos y grupos organizados de activistas, todos indignados por este rebrote de la brutalidad policiaca y del racismo sistémico, fueron en aumento.

Desde el 27 de mayo, las manifestaciones alcanzaron a más de ciento cuarenta ciudades de veintidós estados, mientras que el despliegue de la Guardia Nacional se llevó a cabo en la mayoría de ellos en alguna medida por la presión de Trump sobre los gobernadores. La triada del coronavirus, el colapso económico y las demostraciones masivas en contra de la violencia racial se

² El término recesión democrática se lo debemos a Larry Diamond (2015: 141-155).

convirtieron en una bomba de tiempo para el presidente. Es conocida su muy temeraria frase de campaña: “Para volver a estar donde estábamos, cuando Estados Unidos era grande, tendrá que haber disturbios de nuevo”. Justo esto es lo que ha tratado de capitalizar. Su discurso de odio es conocido en los tiempos que corren y ahora se ha recrudecido. Es parte de lo que un grupo de psiquiatras estadounidenses ha calificado como “normalidad maligna”. Con el trumpismo se ha normalizado el engaño, la utilización de la mentira como escapatoria a la acción constructiva mediante políticas públicas y, en suma, a la ética como principio fundamental para el ejercicio del poder.

Trump ha perfeccionado la práctica del mal gobierno. Incluso más que Bolsonaro (Brasil), Maduro (Venezuela), Obrán (Hungría) o Putin (Rusia). La razón es que la sociedad y la política abiertas que caracterizan al sistema político estadounidense (con todas sus imperfecciones) le brindan mayor margen para el abuso que en los regímenes mencionados. Lo increíble es que los estadounidenses le hayan permitido llegar hasta estos niveles ignominiosos de bajeza política y humana. Se trata de un régimen, el trumpista, que explícitamente se encamina a causar el mayor daño posible a aquello que él y su grupo de republicanos cómplices consideran como un estorbo para el orden autoritario que quieren imponer en la vida societal de Estados Unidos: la democracia.

Esta normalidad maligna, nos dicen los psiquiatras, presenta a “un presidente peligroso que se vuelve normalizado, y la normalidad maligna viene a gobernar nuestra gobernanza (o, uno podría decir, nuestra dinámica antigobernanza). Ha violado en diferentes formas nuestros requerimientos institucionales y amenazado la viabilidad de la democracia estadounidense” (Lee, 2017: 47-48). La combinación entre los impulsos antidemocráticos y la normalidad maligna que caracteriza a Trump es terrorífica en el Estados Unidos que él gobierna. Afirma Fintan O’Toole que “el narcisismo, la mendacidad, el acoso y la incompetencia maligna de Trump eran obvios antes de la crisis del coronavirus y han sido magnificados en lugar de moderados en su respuesta surrealista a una catástrofe cuya entera gravedad falló en aceptar, sólo hasta el 31 de marzo, cuando ya era horriblemente innegable” (O’Toole, 2020). James Mattis, exsecretario de Defensa de Trump, lanzó un *j’accuse* en contra de su exjefe, a quien culpa de dividir a los estadounidenses deliberadamente. Así lo dijo: “Trump es el primer presidente en lo que tengo de vida que no trata de unir al pueblo estadounidense —ni siquiera lo pretende—. Estamos atestiguando las consecuencias de tres años de este esfuerzo deliberado

[de dividirlo]; de tres años sin liderazgo maduro” (Goldberg, 2020). Asimismo, el vigente comandante en jefe de todos los comandos militares (The Joint Chiefs of Staff), incluidos los marines y la Guardia Nacional, se pronunció en contra de la militarización y a favor de que el ejército cumpla con los derechos constitucionales. Ello, ante la necia exigencia de Trump de lanzar al ejército en contra de los manifestantes y de la población civil. La normalidad maligna trumpista precipita la descomposición. En ese momento crítico atestiguamos un grave distanciamiento entre las fuerzas armadas y las autoridades civiles, que muy bien podría ser el anuncio de todavía más descomposición y, quizás, del principio del fin del trumpismo.

Covid-19: ¿ante un nuevo paradigma geopolítico?

Según como se aprecie, ya nada será igual después de la pandemia provocada por la enfermedad Covid-19. Desde los atentados del 11 de septiembre de 2001 no habíamos vivido una crisis internacional y local tan brutal, tan poco previsible para los actores estatales y societales, y que opera en contra de las diversas formas de vida al interior de las sociedades de las naciones del mundo entero. El coronavirus nos atropelló a todos. Como lo dice una investigación reciente de la Universidad de Harvard, al referirse a lo social, éste será un virus de muy largo plazo. Tendremos que mantener la sana distancia y todas las precauciones necesarias por muchos años. La inventiva y la construcción de la civilización tal y como la conocemos también provoca la destrucción de lo más próximo. Serán la ciencia y la política las responsables centrales de la evolución y la resolución relativa que la actual circunstancia vaya a tener en las siguientes décadas, así como del impacto que las soluciones *ad hoc* tengan en la vida política, social y económica de todos los países.

Quisiera contribuir ahora con una reflexión final acerca de los nuevos parámetros que se impondrán en las relaciones internacionales y, sobre todo, en la forma en cómo la historia aceleró muchos de los movimientos existentes previos a la crisis. Los actuales paradigmas de la correlación de fuerzas, si bien no traerán demasiadas cosas nuevas, se transformarán aceleradamente en el eje mismo de su catártico movimiento. Por ejemplo, el polémico descenso gradual del poder hegemónico de Estados Unidos frente a los de China,

la Unión Europea, Rusia y otros actores relevantes del sistema global —los países nórdicos, Taiwán y Corea del Sur se han destacado por un excelente manejo de la pandemia, mientras que Japón lo hizo muy mal, y ya ni se diga de la pésima administración de la emergencia sanitaria que han tenido Estados Unidos, Brasil y México— sufrirá en estos momentos de crisis coyuntural un aceleramiento muy relevante. El comportamiento de los dos gigantes, asiático y norteamericano, muy pronto será visible en los hechos con, por ejemplo, los resultados de su respuesta a la complicada situación social, económica y humanitaria provocada por el virus SARS-Co-V-2. También podrá apreciarse en el corto plazo su grave responsabilidad histórica (Lee, 2020).

Washington y Pekín están en crisis ante sí mismos, pero fundamentalmente se juegan su legitimidad hegemónica en el escenario global. Nada será igual para ninguno a partir de la Covid-19; los europeos, asiáticos y americanos quedaremos expuestos a los arreglos institucionales o no que se logren negociar. Por el lado de China, la proliferación del virus, generado en su territorio, la ha evidenciado en su parte más débil y maltrecha: un sistema social dependiente del autoritarismo estatal que Wuhan hizo aflorar. Wuhan, el “Chernóbil chino” (Sudworth, 2020), impactó la capacidad de mitigación y contención de Pekín, además de que aumentó su verticalismo —en la medida en que logró con relativa eficiencia contener los contagios a través del encierro total de millones de personas potencialmente en riesgo o portadoras—. Esto es lo que la propaganda china ha destacado como la enorme eficacia de las acciones del sistema de partido único, encarnada en las políticas del Partido Comunista. Aunque polémico, este hecho podría ser cierto, si bien las noticias de julio y agosto de 2020 de un rebrote y de la proliferación del contagio en el norte de China pudieran desmentirlo. Por el lado de Estados Unidos —el otro caso que es relevante poner en paralelo— hemos atestiguado escenas más que grotescas que demuestran con amplitud el desdén de Trump por el papel de su país en el sistema internacional en estos momentos de crisis. No solamente se desdeña la hegemonía que da sentido identitario al *logos* estadounidense, sino que también se minimizan las virtudes republicanas que caracterizan a ese país, si lo vemos desde la perspectiva del desprecio de Trump por el federalismo.

Por lo demás, Trump perdió por *default* la oportunidad para afrontar la crisis desde el principio, mostrando una gran incapacidad administrativa, moral y política, aunada a la negativa implícita a encabezar la salida global de la emergencia. Con ello, sin duda Washington enfrenta el peligro tanto de

perder su condición de potencia dominante como de eliminar su característica de república democrática.

Por su parte, China se ha adelantado y ya se prepara —paradoja incluida— para mitigar la crisis de desabasto de material médico en países que, como México, aceptaron su juego maquiavélico frente a la impotencia y la incompetencia de Trump (por ejemplo, China abasteció al mundo entre abril y mayo de 2020 con cuatro billones de cubrebocas). En todo caso, lo que argumentan los chinos frente a la respuesta de las democracias liberales es que, ante el desperdicio de horas y días preciosos de varios países en severa crisis humanitaria por la enfermedad Covid-19, como Gran Bretaña, Italia, España y Estados Unidos, China les dio margen para ganar tiempo, con lo cual pretende demostrar la inferioridad del sistema demócrata-liberal frente a su modelo político de control central.

En el fondo, lo que la propaganda de ambos países discutió en medio de la pandemia es cuánto más eficiente es un actor frente al otro y qué capacidad tendrá para sobrevivir geopolíticamente a la grave contingencia. Aquí, ni la guerra comercial ni la rivalidad en general que Trump ha desatado con la corresponsabilidad china, que linda en una guerra de características multidimensionales (esperemos que la militar quede excluida), significará nada para nadie. Será así, sobre todo si la reivindicación constructiva del multilateralismo no se emprende como iniciativa global y reconstructiva del sistema internacional en forma profunda y responsable por estas dos potencias, y por los aliados de las democracias occidentales, que esperan la salida de Trump como la única vía para alcanzar el arreglo institucional democrático que urge que el internacionalismo liberal logre conseguir antes de que sea muy tarde.

En este libro hemos podido decantar las muchas opciones y los escenarios que nos esperan como regiones y como sistema internacional.³

³ Se sugiere especialmente consultar los recientes materiales de Francis Fukuyama (2020) y John Ikenberry (2020), ya que son muy actuales y pueden iluminar el debate.

Fuentes

DIAMOND, LARRY

2015 “Facing Up to the Democratic Recession”, *Journal of Democracy* 26, no. 1 (enero): 141-155.

FUKUYAMA, FRANCIS

2020 “The Pandemic and the Political Order. It Takes a State”, *Foreign Affairs* 99, no. 4 (julio-agosto): 26-32.

2019 *Identity. The Demand for Dignity and the Politics of Resentment*. Nueva York: Straus and Giroux.

GOLDBERG, JEFFREY

2020 “James Mattis Denounces President Trump, Describes Him as a Threat to the Constitution”, *The Atlantic*, 3 de junio, en <<https://www.theatlantic.com/politics/archive/2020/06/james-mattis-denounces-trump-protests-militarization/612640/>>.

IKENBERRY, JOHN

2020 “The Next Liberal Order. The Age of Contagion Demands More Internationalism, Not Less”, *Atlantic Council*, 14 de junio, en <<https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2020-06-09/next-liberal-order>>.

INFOBAE

2020 “Andrzej Duda se impuso en las elecciones presidenciales de Polonia con el 51.2% de los votos”, 13 de julio, en <<https://www.infobae.com/america/mundo/2020/07/13/andrzej-duda-se-impuso-en-las-elecciones-presidenciales-en-polonia-con-el-51.2-de-los-votos/>>.

LEE, BANDY X.

2017 *The Dangerous Case of Donald Trump. 27 Psychiatrists and Mental Health Experts Assess a President*. Nueva York: St. Martin's Press.

LEE, HSIEN LOONG

2020 “The Endangered Asian Century. America, China, and the Perils of Confrontation”, *Foreign Affairs* 99, no. 4 (julio-agosto): 52-64.

O'TOOLE, FINTAN

2020 “Vector in Chief”, *New York Review of Books* 62, no. 8, en <https://www.nybooks.com/articles/2020/05/14/vector-in-chief/?utm_medium=email&utm_campaign=NYR%20Vector%20in%20Chief&utm_content=NYR%20Vector%20in%20Chief+CID_bb1d8a0de4284f-dcc817a6a1cb711588&utm_source=Newsletter&utm_term=Vector%20in%20Chief>.

REAL CLEAR POLITICS (RCP)

2020 <<https://www.realclearpolitics.com/>>, consultada el 21 de julio.

SUDWORTH, JOHN

2020 “Coronavirus. ¿El Chernóbil chino? El virus que amenaza al país asiático”, *BBC News*, 14 de febrero, en <<https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-51467594>>.